

á contemplar el siempre admirable, siempre mágico panorama que rodean las peñas de Amboto y de Echagüen. Limpió Manteli sus gafas de eterno miope, tomó los gemelos de campo que le alargué, y riendo como un niño, siguió con la vista las indicaciones que yo le hacia con la punta de mi bastón al decirle:

—Allí al Oriente, entre Barajuen y Ascoaga, en aquel lindo cerriollo cónico, poblado de nutridos árboles, dominando todos los pasos del valle, sobre la hondonada, allí estuvo Turrion, el famoso castillo de la leyenda de Amboto. Por aquellas asperezas, ocultas bajo un macizo de nogales, donde están talladas en la roca las escaleras de ascenso á Barajuen, por allí sube trabajosamente el romero á pedir hospitalidad al señor feudal; en lo hondo de la cañada vuelan á escape los caballos de los guerreros, que pronto aparecerán en las revueltas de la ladera, buscando en los caseríos una presa para el tirano; allá en la única abertura del horizonte sobre Garagarza, por donde el río se desliza fuera del valle, levántanse así como oscuras nieblas, que amontonadas, siguen el rumbo del viento: son las humaredas de las casas de Mondragon, encendidas en la lucha entre oñacinos y gamboinos; allí en la alta peña al Norte, sobre la desnuda espalda de Amboto, allí se ve el orificio, la negra boca de la cueva, por donde saldrá luego con el crepúsculo de la tarde, doña Urraca, espanto de los aldeanos, cruzando el cielo hacia Aitzgorri y dejando en pos de sí largo reguero de chispas; por encima de Tellemonte agitanse los buitres ansiosos de cebo, atisbando guiñapos humanos de las almenas ó de los fosos de Turrion; tocan á rebato en la calle, en Ibarra, y responden en Echagüen debajo de las peñas; en Uncella, sobre las colinas; en Aréjola, aquí á nuestros piés; en Zalgo, sobre las olvidadas tumbas; en Sorguinzubi, camino del Aquelarre; en Arriola y en Eguzqui-irripa. Por detrás de nosotros, por Albina y Mariaca, suenan alegres bocinas de gente armada, es la tropa de ballesteros de la Hermandad de Alaba, que avanza á libertar á los aramayoneses de la servidumbre de los Butrones y Mújicas. Ya asoman los vecinos alborozados sobre las cumbres de Gánzaga, Gamborralde, Besaide, Unzuetagaña, Zaldua, Murugain y Achurricogaña, donde se habían refugiado mujeres y niños huyendo de los dominadores. Ya están aquí nuestros ballesteros, Manteli. ¡Dirijámonos con ellos al valle; la patria y el almuerzo nos esperan!

Y saltando entre los zarzales y matas y entre las flores amarillas y violadas de las argomas, brezos y helechos, crucé por la pintoresca

ladera abajo, seguido del cantor de *Aránzazu* y de *Amboto*, que á menudo resbalaba sin saber si atender á los piés, á las gafas, al cigarro ó al sombrero, porque todos se le escapaban á un tiempo. Tomamos la vieja carretera, deliciosamente sombreada por majestuosos castaños y, al detenernos, mucho más arriba de Gureya, en el recodo de una fuente, á encender otro cigarro y á humedecer nuestros labios, con aquella limpida agua de hierro, vibró sobre nuestras cabezas en la espesura del bosque, un plácido cantar, que vino á dar más atractivo á aquel paisaje y mayor alegría á nuestros corazones.

—¡Quién cantará tan dulce y lindamente! exclamó Manteli.

Y antes de que yo pudiera contestarle, subió desde la cañada, por la que entre los avellanos corre un riachuelo, el eco de otro cántico, igual en melodía al del bosque, pero de letra distinta, pareciéndonos, que si el primero era de voz femenina, correspondía el segundo á algun jóven escondido en los matorrales de los linderos de las tierras que el arroyuelo limitaba.

—¡Un idilio para la leyenda, señor nevelista! —dije yo; —allá arriba hay alguna pastora ó princesa encantada, que lanza sus penas al aire, y allí abajo la solicita y persigue algun doncel trovador, loco de amores.

Hízome señá Manteli de que callara, y oímos así á nuestro gusto los cantares:

Decia ella en bascuence:

Lobiru logure
Bai ganadu saeñe
Pachikon idiye
Artue gureñe.

O sea en castellano:

El dormilon Francisco cuida mal su ganado: los bueyes están comiendo el maíz.

Y contestaba él:

Or goiko landetan
Sosue kantetan
Orra bada ta chapel
Beti barriketan.

Arriba en los prados, está el tordo cantando;
y la del sombrero cantando sin cesar.

Ella:

Erbije dabil biserrién,
Erbikumie ziderrién,
Orrabada ta
Pachikok kuarta bat
Sorri biskarrien.

Anda la liebre entre las habas; el gazapo entre las flores, y tú, perezoso Pachico, tienes una cuarta de piojos en las costillas.

El:

*Neska begi arranpalo
Akherren bekoki,
Kolkuen ditunala
Iru arto sati;
Ta baba lapiko bi,
Eskenala charra
Tripa sikiñori.*

La chica horrorosa, con frente de chivo, lleva tres corruscos de maíz y dos pucheros de habas en el colco. No tienes mal estómago de cerdo.

Ella:

*Sartakiñe sarcho bat
Iru solokué,
Orra bada Pachikon
Dote ta arriké.*

Una sarten con tres agujeros es lo que lleva Pachico de dote y de arras.

El:

*Sartakiñe burduntzali
Errial bi ta erdi,
Orra bada Juanacho
Akherren bekoki.*

Una sarten, un cazo y dos reales y medio, lleva Juanita, la de la frente de chivo.

Callaron los cantares, y Manteli, entusiasmado por la rústica sátira que contenian, y que yo le traduje, quiso conocer á los músicos, pero ¿cómo llamarles, si ignoraban el castellano? Apelé para ello á la lengua universal, á la música. Púseme á silvar, imitando al ruiseñor, como me lo enseñaron en mis barrios de Vitoria, el inolvidable Carriedo, Tarin el manco y Lorenza la Escobera, y al poco rato, atraídos por los arpegios, redobles y trinos de mis variaciones pajareras, asomaron al borde de la carretera, por abajo un pastorcillo de catorce años, con su boina, sus otarres y su camisa de lienzo crudo, y por arriba una nescatilla de doce, con sus ojos azules, sus trenzas rubias, su justillo de flores, su falda azul y sus piés descalzos. Al vernos, trataron de huir, pero, siguiendo yo en el empleo del lenguaje universal práctico, enseñé una peseta al muchacho, me enseñó él una doble fila de hermosos dientes blancos al ver la moneda y sonreir, y se acercó y la tomó, mirándonos maravillado, con sus grandes ojazos. La muchacha, que había presenciado esta escena, medio oculta en unas zarzamoras que caian sobre la fuente, mordiéndose la punta del delantal y pasándose la otra mano por los ojos como si viera visiones, bajó rápida al lado del pastor en cuanto vió que Manteli le enseñaba otra peseta, y allí juntos, riéndonos los cuatro, copié en mi álbum los cantares que el chico me dictó de muy buena gana.

—¡Qué mañana tan feliz y tan inolvidable para aquellas hermosas criaturas! ¡Una peseta cada uno! ¡Tesoro nunca poseido por ellos!

Pocos minutos despues entrábamos en Ibarra, centro de Aramayona. El poeta no volvió á acordarse del castillo, ni de los romeros, ni de doña Urraca, ni del señor feudal, ni de la historia. Nos esperaban las ricas tencías y la sagardúa del famoso Gervasio de Mázmela en su caserío, y las tazas de leche y los capones de nuestra casa de Bengoa, y el cordero bien cebado de Ascoaga, de Nicolás y de Pedro Pablo de Lasaga, nuestros primos, y los amarretacos de la calle. Yo volví á Vitoria con mi álbum lleno de dibujos y de versos, y Manteli llegó rejuvenecido, soñando en sus cuartillas que formaron más tarde un hermosísimo libro escrito con un primor que nadie ha igualado, y sentido con un amor que á muy pocos es dado comprender y gustar.

RICARDO BECERRO DE BENGOA.



IEZ GERRARIK...

I.

Zan Apirillaren arratsalde bat. Goiz goizetikan eudiyak etzuben uzten atertu aldirik. Egun sentiya ezkerotan sutunp biziaren otsak belarriak ernetzen zituben; mendi gañ batera zijoazen tiroak ziran. Mendi artan zeuden berregun ta berrogei ta amar euskaldun buruzai zutela Juan Illunbe, gizaseme ernea, ta guztiz dotorea,izar beltz eta begi dizdiz-duna; chapela garrondoan bera botia bere gorputza eñeriaz bezela ezpataren kontra, eta beste eskuan katalejoa zeñekin begiratzen zuen kontrariyuak zeuden aldera; ta abek ere euskaldunak ziran!

Ontan aditzen zan maiz eta maizago sutunpa soñu ikaragarria, abek zeuden aldera botiaz.

Mendi onen parean zegon baserri bat, eta eche au zan Illunbe burzaiarena. Eche ontan bertan zeukan onek bere aur bat, guztiz maite zubena, eta egun artan inguru artako erri chiki batera eramateko asmoa zeukan, zeuden tokian etzeguelako sosegurik.

Illunbek urrutirá begiratu ta igarri zuen beren etsayak oso arroturik zebiltzala, eta au ikusirik, esan zien bere jende gudariai:—Mutíllak, bakoitza jarri deriyela bere lekuan, zergatik gaur ikusi biar degu zer edo zer gure artian.—

Au etzuben bukatu esatez oraindik, ta non aditzen duten bala batzen soñu zorrotza; danak etziñ ziran lurrean, eta ala egonik, ikusten dute denbora guchi barrun aldemeneko echearen tellatuba pusketan zalapartzen dala, piñka bat geroñiago soñu ikaragarria, tellatutik sartutako granadaren lertzeaz. Illunbe asnase artzeko betik gabe ezpata eskuan duela sarri da eche barrenian, beldurrez zér ikusiko ote duen, eta jai! bere aurra guztia purrukatuba bere begien aurrean agertzenda! Au ikusirikan, negar egin nai eta ezindu Illunbek, zergatik gertaera au izan dan beretzat chimista zulaera bezela, non legortu dion biotz guzi-guzia.

II.

Beltzak eta zuriyak guziz ernegaturik daude gogor egiten elkarri su biziyan.

Illunbek erabaki du, arrapatzentzituzten etsai guzi guzai, beriala-šen bizia ateratzia, baterere denborik galdu gabe.

Ara nola ari diran, elkar iltzen, anayak anayakin, guztiak euskal-dunak, antsiak eriotzarekiñ nasturik, keetan bildurikan ango gertaera guztia, geruago ta okerrago azaldurik, gaitza aunditzen, negarra geiegitzen, *nere ama maitea!* nasturik ango sutunpa soñuen artian...!

Batzuen alde etorri da jende berria, non besteak, au ikusirik abiatzen diran atzera, igarririk jende berrien kontra ez dala gauz onik, zergatik lengo indar danak aiturik dauden.

Arratsa dator gañera, illuntasunak estalirik ango ikaragarrizko gertaera.

III.

Alde bietako gogortasunak banatudira, dana gelditu da ezer gerta-tu ez balitz bezela. Bakarrik agerida, gabaren beltztasunean, baserri bat garretan.

Illunbe dago bakarrik, bere gelan, samindurikan, buruba bi eskuen gañean daukala, antsika eta izketan bezela abo-pian.

Ontan, beren pareko paretetako aldean, senti eragin, azten dio, pusillaren ots zorrotzak, eta Illunbe arriturik azaltzen da leyora esa-naz:—Mutillak zér ari zerate? esan!

—Jauna,—esan ziyon bere gudari batek. Bedorren erabakiak kunk-plitzen.

—Nere erabakiak?—Illunbek eranzun zuben—konturik gabe. Eta igo azi zuben bere gelara ayetako bat.

Denbora guchi barrun igo zan mutill gazte sendo bat Illunbe zegon gelara, non esan zion nausiak:

—Zér ari zerate, oraindik sutan?

—Jauna,—eranzun zion segiran—Ez alda gogoratzen nola esan zigun, arrapatzan genuben guzia, ill egin bear zala?

—A! bai, ala esan nuen, ez nintzan batere gogoratzen. Eta orain azkeneko ill dezuten au zeiñ zan?

—Azkenekua,—eranzun zion mutil gazteak,—zan gizon bat, urtietan sartuba; egia esaten diot, pena aundia emantzigun, ain zan umilla!

—Pena zergatik!, ondo motelak zerate pena sentitzen badezute gauz orregatikan.

—Nola zan zarra, seguru asko semiak ere izango zituben, ta...

—Ala otezan bada?—esan zuen Illunbek—¿Ikusi leike oraindikan gizon orren gorputza? eta eranzunik bayetz, abiyatu ziran arkitzen zan lekura. Atera ziran gelatikan biyak, bañan Illunbe zioan oso triste; nonbait bere aufraren oroitza zeukan gogoan. Alderaturik lekura, zeukaten illa zatar batzuekin. estalirikan pleiturik bere odolean.

Illunbe-ri, beriala gorputzian otzikara batek atsegin gaiztoa eragiñ azi dio. Illak zeukazkien zatarrak atera eta ikusi du Illunbek gorputz ura, eta begi izugarriak bertan josirik antsika, eltzen dio bere besoakin laja nai ezik, deadarka esanaz:—¡Jauna! ¡Jauna! barkatu, ez dakit zer egin.—Bere jendeak, zér gertatzentzan jakin eta jakin nayean, galdetzen dio:—Baña, jauna, zér gertatzen da?—

—Au da nere aita!!!

• • • • •

¡Madarikatua gerra!

FRANZISKO LOPEZ ETA ALEN.



HISTORIA
CIVIL-DIPLOMÁTICA-ECLESIÁSTICA
ANTIGUA Y MODERNA DE LA CIUDAD
DE
SAN SEBASTIAN
POR
D. Joaquin Antonio de Camino y Orella, Presbítero.

Nihil est aptius ad delectationem lectoris, quam temporum varietates, fortunæ que vicisitudines.

Cic. Lucejo, Historico, Famil. 5.

(CONTINUACION)

D. Fr. Francisco de Gamboa, vigésimo sexto Arzobispo de Zaragoza. De este Prelado habla así el Padre Lamberto de Zaragoza, capuchino y escritor moderno, bien conocido en el Teatro histórico de las iglesias de Aragón: «A D. Fr. Joan Cebrian, religioso de la Orden de la Merced, se siguió en la Sede de Zaragoza D. Fr. Francisco de Gamboa, de la Religion de San Agustín. Su pátria, segun el chronista, fué Orio, en Bizcaya; pero hemos hallado en un catálogo de los Arzobispos de Zaragoza, que lo fué la Ciudad de San Sebastian en la provincia de Guipúzcoa. Sus padres, D. Martin de Segurola y D.^a Juliana de Gamboa, fueron nobles, y le enviaron á estudiar á Salamanca, donde tomó el Hábito de San Agustín y profesó á 9 de Abril de 1618. Los progresos de su ingenio en los estudios le acreditaron grande en la Filosofía, excelente en la Teología, eminente escriturario y elocuentísimo Predicador. Fué catedrático de Prima en la Universidad de Salamanca, despues de haber obtenido la de Escoto de Duran-

do, de Vísperas y escritura. La provincia de Castilla le eligió provincial en 1647, el santo oficio de calificador, el rey su predicador, y el serenísimo señor D. Juan de Austria su confesor. Habiéndole nombrado S. M. Obispo de Nuestra Señora de la Paz en Indias, hizo renuncia; pero aceptó después el obispado de Coria que gobernó hasta que últimamente le nombró Arzobispo de Zaragoza en el mes de Febrero de 1663. Hay en el archivo de la Seo una copia de carta suya escrita al Cabildo, en que le da cuenta de su promoción, su fecha en Coria á 28 de Marzo de 1663, muy expresiva::: En 26 de Septiembre de 1663 tomó posesión por medio de D. Ramon Azlor, Dean de la Seo, su apoderado, á quien nombró gobernador del Arzobispado, y en 30 de Noviembre hizo su entrada pública en Zaragoza::: mostró en su gobierno la mayor discreción y la más fina prudencia como compañeras de su elevada sabiduría, y así brilló en su tiempo la paz en todo su pueblo, y la concordia con su Cabildo. Su liberalidad lo hizo amado y estimado de todos, y muy particularmente de los pobres, á quienes socorria con generosidad y continuación. Entre estos le llevaban la atención y la mano los que vulgarmente se llaman vergonzantes. Inquiría su número, calidades y grado de su necesidad; y ya llamándolos á su cuarto con honrosos pretextos, y ya providenciando ocultos medios, que se juzgaban á casos, los socorria en secreto. No atendió jamás á la carne y sangre, y decía que desde que le hicieron Obispo y Arzobispo no conocía otros parientes que á los pobres. Velaba sobre el clero, á quien alentaba á la Disciplina y exhortaba al buen ejemplo. Dió muchas limosnas para adelantar el colegio de Santo Tomás de Villanueva de Zaragoza, y puso la primera piedra de su iglesia, en la que mandó le enterraren; pero habiendo muerto en 22 de Mayo de 1674 en las casas de D. Eugenio Samper, que fueron de los marqueses de Torres, que están en la Plaza del Carmen, parroquia de San Gil, fué depositado en el convento de San Agustín de Zaragoza en la sepultura de los Religiosos para ser trasladado al dicho Colegio, cuando estuviese concluido, y aun permanece hoy. Fué llevado el cadáver sin paseo por no concurrir el cabildo, al Convento de San Agustín; dijo la misa de cuerpo presente el ilustrísimo Sr. D. Andrés Aznárr, obispo de Teruel, y predicó el P. Mro. Urrea, de la Orden de San Agustín, predicador de S. M.» Hasta aquí el historiador, y segun partidas bautismales de la parroquia de San Vicente de San Sebastián aparece haber nacido aquel Prelado ejemplar en 21 de Mayo de 1599, habiendo sido sus

padrinos el alcalde Martin Sanchez de Arriola y D.^a María de Olazabal, y el Ministro que le bautizó D. Juan de Uzcanga. No se llamó con el apellido de su padre el Licenciado D. Martin de Segurola, sino con el de su madre, por ser tan distinguido entre los solares de Guipúzcoa. En la dicha partida bautismal está puesta á la margen la dignidad del sujeto señalado por una cruz de arzobispo. Si la crónica de la orden de San Agustín le supone hijo de Orio, sería por haber sido de allí su padre, que fué médico en San Sebastian. Con efecto, permanecen en la iglesia de la dicha villa de Orio algunos muebles preciosos que la dejó el citado arzobispo de Zaragoza.

D. Manuel Joseph de Endaya, dean de Plasencia, posteriormente Obispo de Oviedo, á donde fué promovido el año 1723 en que comunicó este ascenso á la Ciudad, y al cabildo eclesiástico de San Sebastian, era hijo del General D. Thomas de Endaya, natural del mismo San Sebastian.

Omitimos poner en el catálogo de los sujetos notables de San Sebastian á otros que han ocupado lugares honoríficos y relevantes en la jerarquía eclesiástica, que aunque no condecorados con la dignidad pontifical, fueron de grande ornato á la Ciudad en las iglesias catedrales donde obtuvieron las mejores Prebendas de gracia, y de oposición, y lo mismo en el tribunal de la Inquisición.

Carrera de Estado.

D. Alonso de Idiaquez, del Consejo de Estado y Secretario del Emperador Carlos V, Comendador de Estremera en la Orden de Santiago, sirvió al mismo Emperador desde el año 1520 hasta el de 1544. Acompañóle en la conquista de Tunez, tan gloriosa para nuestras armas el de 1535. En el de 1540 presenció los Tratados entre España y Francia después de la jornada del ejército imperial á París, y vino enviado por su amo á España para deliberar con el príncipe Felipe II sobre el matrimonio de la infanta D.^a María con el duque de Orleans, dándole en dote los estados de Flandes, ó de la infanta D.^a Ana con el mismo potentado, cediéndole el milanés. Este ilustre caballero, vecino de San Sebastian, volviendo de Alemania para España en 1544 fué muerto alevosamente á 11 de Junio por unos luteranos al atravesar cierto río de Sajonia, sintiendo sobremanera su muerte trágica el Emperador, y fueron castigados los homicidas con la pena merecida, se-

gun todo refieren Garibay y Sandoval. Su cuerpo fué traído á San Sebastian, donde está sepultado en la capilla mayor del conuento de San Telmo, fundacion suya, dentro de un precioso sarcófago, como tambien el de su mujer D.^a Engracia de Olazabal. El mismo habia fundado tambien, segun se dijo antes, el conuento de Dominicas de San Sebastian el Antiguo.

D. Juan de Idiaquez, hijo de D. Alonso y D.^a Engracia de Olazabal, Secretario de Felipe II y III y de su consejo de Estado y Guerra, Caballero de Santiago, Comendadòr mayor de Leon, Presidente del Consejo de Ordenes, Caballerizo mayor de la Reina D.^a Margarita, Embajador de España en Génova y Venecia, Merino del desgraciado príncipe de Asturias D. Carlos, hombre de costumbres arregladas: falleció en Segovia á 12 de octubre de 1614 y fué trasladado su cadáver al conuento de San Telmo de San Sebastian, donde descansa bajo las gradas del altar mayor. La Ciudad salió á recibir el féretro hasta Oriamendi cubierta de luto, y con gran número de hachas. El célebre secretario del mismo Felipe II Antonio Perez, cuyas aventuras son bien conocidas á resulta de la violenta muerte de Juan de Escovedo, ejecutada en Palacio, fuga de la prision de Madrid, y revoluciones que causó en Aragon, fué grande émulo de D. Juan de Idiaquez, cuya piadosa memoria se intentó vulnerar en la relacion de los sucesos trágicos de aquel fugitivo Ministro, llamándole por irrisión D. Juan de San Telmo, y diciendo de él cosas que á ningun hombre sensato se pudieran persuadir. Con razon se mandó recoger por la Inquisicion aquella obra impresa con notas en naciones extranjeras.

Carrera de la Toga.

El Doctor Santander, oidor de la Audiencia de los Reyes Católicos D. Fernando y D.^a Isabel, y muy estimado de ellos, fué natural de Pasajes de esta banda, jurisdiccion de San Sebastian.

El Dr. Berastegui, hijo del Licenciado Berastegui, poseedor de la casa de Montaut, colegial de San Clemente de Bolonia: por sus relevantes circunstancias habia sido encomendado por la Ciudad, patria suya, al secretario D. Juan de Idiaquez, para que se le remunerase con un empleo distinguido corespondiente á su mérito; en efecto, salió por juez y senador de Milan.

El Dr. D. Juan de Amezqueta, regente del Consejo de Nabarra, oidor de la Chancillería de Valladolid, posteriormente del Consejo Real y Cámara de Castilla por los años de 1582 y 83. Habia sido colegial mayor de Santa Cruz de Valladolid. Hay algunas cartas suyas que escribió á la Ciudad su patria en términos muy expresivos.

D. Esteban de Ibarra: hallándose en Flandes fué promovido al Consejo de Hacienda con retención de la secretaría, que anteriormente había obtenido, y pasó á España en 1596.

D. Pedro de Amezqueta, hijo del mismo D. Juan y Alcalde de Hijos-dalgo de Valladolid, después de corte y crimen hacia el año de 1633. Habia sido Rector de la Universidad de Salamanca por orden de S. M.

D. Antonio de Amezqueta, hermano de D. Pedro, fué oidor de la Chancillería de Valladolid y juez mayor de Bizcaya.

D. Miguel de Arostegui: oidor de la Audiencia de Sevilla, posteriormente de la Real Chancillería de Granada por despacho de Carlos II, de 14 de Junio de 1673 y había sido tambien fiscal de la Cruzada, subsidio y escusado.

D. Joseph María de Zuaznabar Francia, fiscal de la Real Audiencia de Canarias, con voto en ella, individuo correspondiente de la Real Academia de la Historia de Madrid, y de otros varios cuerpos literarios, fué jubilado á fines del reinado de Carlos IV con todos sus honores y la mitad de su sueldo. Ha escrito varias obras en prosa y en verso, que impresas en Canarias, Andalucía y Guipúzcoa, andan en manos de todos..

Carrera militar.

El general D. Miguel de Oquendo: se hizo su justo elogio al reinado de Felipe II.

El General D. Antonio de Oquendo: este hombre célebre, digno de compararse con los más esclarecidos héroes que hicieron prodigios de valor en el teatro de los mares, nació en San Sebastián, año 1577, siendo sus padres el general D. Miguel de Oquendo y D.ª María de Zandategui, señora de la antigua Torre de Lasarte. Desde su más tierna edad le dedicaron al estudio de letras humanas; pero no pudiendo

la extraordinaria viveza de su genio, más inclinado á la carrera marcial, sufrir aquella pausada lentitud propia de una seria aplicación á las ciencias, semejante en esto al gran Hernan Cortés, á quien sucedió lo mismo,¹ empezó á servir al Rey de diez y seis años con un entretenimiento de veinte escudos, en las galeras de Nápoles, de que era general D. Pedro de Toledo. Bajo el comando de este jefe mostró el jóven Oquendo una índole feliz y un gran fondo de talentos militares que se llevaban tras sí los aplausos de cuantos le conocían. Dentro de poco tiempo pasó á la Armada del Océano gobernada por D. Luis Fajardo, con el aumento de diez escudos más de entretenido. No tardó en presentarse una bella ocasión en que se hizo admirar la intrepidez y conducta de D. Antonio. Infestaba las costas de Portugal y Andalucía un soberbio corsario inglés con sus dos navíos, el uno de 600 toneladas y el otro de menos porte, cuyas correrías barrian aquellos mares; siendo el terror y el espanto de los que navegaban por allí. Noticioso Felipe III de los daños que causaba al comercio marítimo aquel temible corsario, ordenó á D. Luis Fajardo destacase desde Lisboa, donde estaba la Real Armada, algunos buques comandados por un cabo experto, cual requerían las circunstancias, para abatir el insopportable orgullo del corsista británico. Sin embargo de ser muchos los que aspiraban á este honor fué escogido entre todos el magnánimo Oquendo, cuando no contaba todavía más de 27 años. Salió, pues, de las aguas del Tajo el 15 de Julio de 1604 con los dos bajeles el Delfín de la Escocia, y la Dobladilla, aquel de 600 toneladas y este de 500, ambos bien pertrechados de gente y municiones. Por más que discurreció toda la costa, y los cabos de San Vicente y Santa María hasta Cadiz, no pudo encontrarse con el enemigo hasta el 7 de Agosto al rayar del dia; y habiendo animado á los suyos dando órdenes de la manera con que se habían de ejecutar las operaciones del combate, primero se adelantó el contrario disparando una fuerte carga de artillería y mosquetería contra los nuestros, que igualmente correspondieron de su parte, trabándose entre unos y otros una terrible refriega. Abordó el inglés á Oquendo metiéndole en su barco cien hombres, que fueron recibidos con ardiente coraje de los españoles, formándose una recia pelea que duró más de dos horas y combatiendo cuerpo á cuerpo sin que desalentare á D. Antonio el ver que los otros siem-

(1) Solís. Hist. de México.

pre echaban gente fresca en su navío, hasta que con denuedo acabó de arrojar algunos á la mar, donde se ahogaron miserablemente. Viéndose ya en partido ventajoso, bien que á costa de mucha sangre que se iba derramando, logró osado el atraer al corsario, que aunque hizo el esfuerzo posible para separarse no pudo conseguirlo, y así se rindió al valeroso guipuzcoano con la gente que le restaba, habiendo muerto los demás. Volvió Oquendo triunfante al puerto de Cascaes, bien que su barco estaba acribillado y cosido de balazos, y entró victorioso en Lisboa cubriendole de gloria las públicas aclamaciones, y para mayor colmo mereció le escribiese el mismo Rey con particular manifestación de su Real agrado. Formó tan aventajado concepto de su persona D. Luis Fajardo por esta hazaña, que desde entonces se granjeó su mayor confianza encargándole las acciones de más importancia. Sucedio la muerte del General Bertendona, que lo era de la escuadra de Bizcaya, y como se iba realzando ya tanto el mérito de Oquendo proveyó el Rey en su persona, no siendo aun de treinta años, esta resulta vacante por un despacho concebido en los términos siguientes: «Siendo Yo informado de los buenos principios de vos D. Antonio de Oquendo, por la satisfaccion que habeis dado en algunas ocasiones, en que mi Capitan General de la Armada del Océano os ha encomendado navíos de ella para salir á buscar los enemigos, con quienes habeis peleado y rendídos con valor y echado á otros á pique, á imitacion de Miguel de Oquendo, vuestro Padre, Capitan General que fué de la Escuadra de la provincia de Guipúzcoa, y confiando, ireis procurando asemejarse más en las obras, he resuelto hacer elección de vuestra Persona para que governeis y tengais á vuestro cargo la Escuadra de Bizcaya, etc etc.»

No dejaron de cumplirse en breve las lisonjeras esperanzas del Rey, pues luego que fué promovido Oquendo á General, se le presentó al nuevo jefe la ocasión de lucir su valor ahuyentando de estas costas una Armada holandesa que venia con intentos de dar fuego á cuantos bajeles encontrase en los puertos, para lo que traia prevenidos fuegos artificiales y de ingenio. Posteriormente se le nombró por general en propiedad de la Escuadra de Cantabria, compuesta de las de Guipúzcoa, Bizcaya y cuatro villas de Santander. Nada se dirá de diferentes comisiones á que dió ocasión con este nuevo ascenso en beneficio de la Real Corona, ya barriendo las costas de corsarios; ya apresando navíos enemigos, ya convoyando las flotas y galeones que venian de la

India oriental y Nueva España á Lisboa y Cádiz, por cuyos servicios se le remuneró con título de General de Flotas de la misma Nueva España. Luego fué almirante de la Armada, que salió al mar gobernada por el Príncipe Philiberto, de quien mereció particular estimacion. En 1623 se le dió la Generalía de Galeones y dejando el gobierno interino, que había tenido de la armada, pasó á Cádiz, y concluido el viaje de dichos galeones fué promovido en 1626 á Almirante general en propiedad de la Armada del Océano, no sin contradiccion de sus émulos, que siempre los tienen la virtud y el mérito sobresaliente, y los superó en este caso la proteccion de D. Fadrique de Toledo, quien conocia bien los quilates que realzaban el de Oquendo. A poco que este se vió en tan distinguido puesto, se le ofreció sin tardar mucho una gallarda ocasion en que manifestase su heroismo, pues el año de 1628, habiendo sitiado estrechamente á la plaza de Mamora los moros, le avisó á Cádiz su gobernador Diego Escovedo que si luego no fuese socorrido, sería inevitable la perdida de aquella importante fortaleza. Nada se sabia en la corte de dicho sitio, y por no arriesgar la seguridad de la Plaza, sin que aguardase á ulteriores órdenes del ministerio, plantóse repentinamente Oquendo á la vista de Mamora introduciendo el socorro, de que resultó la precipitada fuga de los africanos con muerte de muchos de ellos; accion que le valió á D. Antonio un nuevo aplauso de Felipe IV, quien con este motivo se dignó escribirle de puño propio, cosa que se ve pocas veces, y accredita quién era ya en el mundo un General Oquendo. *Quedo tan agradecido del servicio que me habeis hecho*—le expresó el monarca—*como él lo merece y os lo dirá esta demostracion*. Pero ¡oh lo que es el rigor de las vicisitudes humanas! Cuando ya por todas partes resonaba su nombre, un ministro, ó bien seducido por falsas sugerencias de sus émulos, ó bien por otros particulares miramientos, tiró á cortar la carrera brillante de sus empresas, retirándole de la armada con el pretexto honorífico y solapado de enviarle por Presidente de Panamá. Conoció D. Antonio Oquendo esta artificiosa política, y el ceñudo semblante que le ponía la inconstante fortuna; y por evitar de antemano sus funestos golpes pretendió él mismo le concediese su retiro á San Sebastian. Logróle; mas no bien había empezado á gozar las dulzuras de una vida quieta y privada en su patria, cuando he aquí que improvisadamente le arrebata la noticia de una rigurosa orden que había tenido el gobernador de Fuenterrabía para que le llevase arrestado á aquel presidio sin otro

crimen que los que le quiso levantar la malignidad y mortal envidia de sus adversarios. El hombre valeroso más se conoce en los infortunios que en las prosperidades. Fué menester toda la grandeza del ánimo de Oquendo, para que se hiciese superior á tan fuertes contratiempos, que cada dia se le fueron agravando más hasta tirársele á herir en lo más vivo de su honor; pero por fin el candor y la inocencia triunfaron de la iniquidad; y presto veremos salir á D. Antonio de la obscuridad de su prision, haciendo nuevas proezas en servicio de su Monarca para eterna confusión de sus más terribles enemigos. En efecto, parte este insigne caudillo á correr otra vez los mares, y apenas empieza á surcar el piélago, cuando oyendo un estruendo horrible de artillería acude pronto al paraje, desde donde se encaminaban sus tiros, y encuentra una de las carracas que venian de la India Oriental, y se había separado del convoy, acosada por ocho navíos de guerra que porfiaban por apoderarse de ella. Revestido nuestro General de coraje se dirige contra ellos, y obligándolos á tomar una ignominiosa fuga pone fuera de peligro aquella rica embarcacion y la arranca de las garras del enemigo. En fin, son innumerables las acciones ruidosas, que pudieran contarse, en que se acreditó el heroísmo de Oquendo, pues se refieren hasta más de cien combates, que sostuvo sin haber perdido en ninguno de ellos barco que comandase. Pero por no confundir demasiado el precioso cuadro en que se retratan sus victorias, solo nos ceñiremos á dos acciones las más estrepitosas, que inmortalizaron su fama, y fueron dos batallas navales de las más sangrientas que se han visto sobre los mares, y será la primera la del año 1631.

(Se continuará).

AZERIYA.¹



Azeri zar bat sartu
 zan zelai batera,
 egazti asko zeuden
 lekura jatera;
 onek zuben asmoa,
 geyenak zeudezen
 lekura iristia,
 ostu zezazkiyen.
 Ala abiyaturik
 bertaraño zan joan,
 lendabizi arkitu
 zuben jaten bat an;
 eldu ziyon berari
 sendo zintzurretitik,
 eta au esan zuben:
 (ondo pentsaturik)
 «Au utzirikan joaten
 banaiz ni aurrera,
 egazti asko píllan
 dabiltsan tartera,
 agiyan denak igas
 egingo luteke,
 orduan ezer gabe

⁽¹⁾ 1887-an, Askain-en sariztatuetakoan.

gelditu nindeke.
Ez, ez, nayago det bat
seguru izanik,
jan deskantsu onian
beldur gabetanik.»

· · · · · · · ·

Obea da gauza bat
iduki seguru,
eta ez denak nairik
beste asko galdu;
esaerak diyona,
«*Chori bat eskuan
obea da, eta ez
egun inguruau*».

JOSÉ ARTOLA.



APOLOGÍA

*de la Lengua Bascuence contra las erradas ideas, y
conjeturas de D. Joaquin Traggia, autor del Artículo
del Origen de dicha lengua en el Diccionario
Histórico-Geográfico de la R.¹ Academia: V. Navarra.*

PARTE 1.^a

Sisthema singular de Traggia sobre los principios y progresos del bascuence
Es refutado.

Tomo II. v. Navarra. Artic. XIII. pag. 151...

(CONTINUACION)

Describe el Señor Traggia la imperfeccion, incultura, y la pobreza de aquellas primitivas lenguas, como si no huvieran sido sino *casi un puro Nomenclator*, y prosigue (ibidem) *Apenas necesitan otra cosa los pueblos bárbaros, cuyas necesidades son tan pocas como sus ideas; y en esto se parecen á los niños, cuyo primer idioma se reduce á una escasa lista de nombres que pronuncian á su tiempo para expresar sus deseos.* ¿Ha visto el señor Académico alguna lengua particular de los niños y formada por ellos? Ellos profieren voces oidas á sus padres, ó á los que los cuidan. No pueden aprender de vna vez el lenguage patrio. Sus Maestros, ó educantes les repiten aquellas voces de que más necesitan, como son decir papá, mamá, padre, madre, pan... Pero los hombres que partieron de Senaar no se deven suponer tan brutales; y no hai motivo para pensar que el Señor confundiese tambien las luces que havian adquirido con el trato de Noé. Para que los hombres ante-diluvianos pudiessen fomentar, la religion los llamados hijos de Dios, y muchas

obras aun de luxo, los hijos de los hombres, era menester inteligencia en artes, y aun verosímilmente la escritura, ó arte de escrivir; ni hai razon para despreciar la autoridad de un Josefo, que asegura havarse hallado un monumento de piedra con su inscripcion hecha por los descendientes de Seth antes del diluvio. La piedad no nos permite hacer ignorante á un Noé, Predicador y Profeta del Señor, y como Padre de la segunda generacion. Si en los malvados Cananeos se observó despues mucha pericia, sin saver el quando de su adquisición, no hai motivo para hacer tan estúpidos y bárbaros á los descendientes próximos de Sen y Jafet.

Pero io no puedo casi dexar de horrorizarme, quando se pinta á Dios baxando acia la Torre de Babel á *sembrar la discordia*, el cisma y disension de ánimos con la mira de que desistiesen de la obra emprendida. ¿Este modo absoluto y directo de influir en lo que era delito no es más incomprendible que el hacer á Dios el autor immediato de la multiplicacion de los primitivos idiomas? Supongo yo que el señor Traggia, como buen catholico, no seguirá el loco é impio systhema de los incrédulos; que confesará sinceramente que Dios fué el autor immediato de la lengua de los primeros Padres. Adan, antes del pecado, no solo poseia su lengua, sino que tambien tuvo la gran ciencia de imponer á los animales vocablos descriptivos de sus propiedades. ¿Se atreverá á decir que aquella infundida por Dios era imperfecta y vna compilacion de sonidos que significaban los objetos más comunes y necesarios; que casi era una pura Nomenclatura? Tampoco negará á Adan lo que le atribuie la Escritura en el Eclesiástico cap. xvii. *Deus creavit illis scientiam spiritus, sensu replevit cor illorum, et disciplina intellectus replevit illos.*¹ A la verdad tenia razon de decir Filon Judío, *Sapiens autem erat, neque doctus ab alio quam ab ipso Deo* el que puso á los animales los primeros nombres significativos. Devemos pues suponer que aquella primera lengua infundida por Dios era perfecta y que verosímilmente devia entrar esta obra prodigiosa entre aquellas de quienes está escrito, *vió Dios todo quanto havia obrado, y erant valde bona.*

Ahora, en el cierto supuesto de que fué tambien Dios autor immediato de las lenguas que causaron la desinteligencia de los arquitectos de la famosa torre ¿qué inconveniente hai en creer que les infundiese unos idiomas perfectos en el artificio communicándoles al mismo

(1) Lib. de mundi opif.

tiempo la inteligencia de multitud de vocablos, y que aquellos hombres supiesen en sus nuevos idiomas tantas voces como savian de su lengua primitiva? ¿Para qué hacerles unas familias bárbaras sin más ideas que para socorrerse en sus necesidades? El theólogo Catholico siempre enseñará lo que está escrito con letras más que de bronce, *Dei perfecta sunt opera*. Es más que verosímil, que las nuevas lenguas tuviessen el apreciable primor de tener sus radicales fixos y nombres compuestos y significativos. Esto trahia la ventaja apreciable de aumentar la Nomenclatura á medida que fuessen descubriendo muchas cosas sin necesidad de tomar nombres prestados, sino enriqueciéndose de su misma hacienda.

Pero dice el señor Traggia pág. 157. *Teniendo la lengua hebrea del tiempo de Moisés poco más artificio (que el de un montón de sonidos que significaban los objetos más comunes y necesarios) las lenguas que nacieron de ellas entre las familias menos cultas casi mil años antes, devian ser imperfectas, y de consiguiente casi un puro nomenclator.* La opinion más fundada y más comun es, que la lengua hebrea era la comun á los primeros hombres, y la infundida á Adan. Pues ¿cómo el señor Académico á la entrada del número 15 y pocas líneas antes de las palabras referidas nos dice, que las lenguas primitivas formadas por las circunstancias y por el olvido de la lengua comun á los primeros hombres...? Si en tiempo de Moisés existia la lengua hebrea, y nacieron de ella otras varias, casi mil años antes ¿cómo por el olvido de la lengua comun á los primeros hombres se formaron las primeras lenguas? ¿Por qué las lenguas nacidas de esta *lengua hebrea* como mil años antes havian de ser tan imperfectas, que aun en su imperfeccion se las aventajasse la hebrea del tiempo de Moisés? En otra parte, como lo hemos visto, enseña Traggia que el *idioma hebreo, como limitado á un pueblo menos numeroso, aislado, separado, y sin comercio con los demás se mantuvo sin alteracion considerable hasta la cautividad de Babilonia*. Consideremos estas tres épocas del hebreo: mil años antes de Moisés, en tiempo de este, y despues de la cautividad de Babilonia. O la lengua hebrea no era la comun á los primeros hombres, ó no se olvidó, pues subsiste aun hoi. Como mil años antes de la segunda época, era madre de varios dialectos segun refiere el señor Académico, aunque no nos podrá presentar un testimonio de aquel tiempo. ¿Y porque en tiempo de Moisés estuviesse en tanta imperfeccion, se infiere que mil años antes lo estuviesen en maior asi el hebreo como sus dialectos ó sus nacidos? ¿Las

lenguas no han decaido jamás de su riqueza, energía y primor? ¿Y aun no llegan á perderse del todo? La lengua hebrea en la tercera época, es decir, despues de la cautividad de Babilonia, ni fué, ni pudo ser tan pura y de tan original artificio como en tiempo de Moisés. Esto lo predican todos los inteligentes, y el mismo Traggia nos supone alterada en esta época.

Qué mas? Los peritos en el hebreo hallan en las Biblias presentes no pocos vocablos extraños, ó de otro origen. Véase á Calmet. Moisés hablaria con maior pureza que los Judíos de hoi. ¿Pero cómo es posible conocer quáles sean voces puramente hebreas? Parece que para ello era preciso que hoi se supiesse cómo hablaba aquel santo legislador, ó más, cómo se habló el hebreo en la época de su maior pureza. Y no hai ia quien pueda dar razon de ello. En la misma forma es imposible que los bascongados del dia averiguen quales son las voces pegadas, y quales las originales. Este argumento parece invencible, si no se reflexiona el carácter de las lenguas descriptivas, y digámoslo filosóficas, entre las quales se debe contar el bascuence. Dos géneros de vocablos se devén considerar en este. Unos son simples, ó radicales, otros artificiosos ó compuestos. Presentan á un diestro bascongado cualquier vocablo. Si es de los simples ó radicales, hallará que estos entran en la formacion de los nombres compuestos. Si son artificiosos ó descriptivos, sacará de ellos los radicales. Tal es el carácter del hebreo, bascuence y algunos otros idiomas. En los nombres extraños que se le haian pegado, ni podrá hallar las radicales, ni composiciones de estas. Por ejemplo: si se dice corruptamente *Perroak jan du pana*, en lugar de *Zakurrak jan du ogia*, luego echará de ver el diestro bascongado que *perroak* y *pana* son vocablos postizos, extraños, porque ni hallará en *perroak* ni en *pana* radical ni composicion de su lengua. Al contrario en *zakurrak* y *ogia*, equivalentes al *perro* y al *pan*, conocerá en el primero composicion y descripción; en el segundo ser radical. Save que *zakurra* ó *chakurra* significa *ladrador*, y sácalo de las radicales *zauka* y *urra*, como si digera prontitud y propension á ladrar. En el *ogia* ve una radical que entra á componer varios vocablos, como son *otondoa*, *otazalá*, *otzarea*, *oturunza*, etc. Pero sincopa las radicales para que haia artificio y brevedad en el vocablo descriptivo y se forme un nombre artificiosamente reunido. El castellano que apenas conoce semejante artificio en su idioma, havria de decir *men-drugo de pan*, *corteza de pan*, *cesto para pan*, *tiempo para comer el pan*. El

bascuence explica todo esto en vocablos vnicos, nada largos. Qué primor! Qué arte tan maravilloso para poderlo atribuir al acaso, al corto alcance de vnos salvages!

Lo mismo digo en estas otras oraciones, *Trigoa galdu du jabaliak*. Luego notará, aunque jamás haia saludado al castellano, que *trigoa* y *jabaliak* son vocablos extraños, porque en ninguno de ellos halla ni composicion con radicales bascongadas, ni radical. Pero si dice en su puro bascuence *Basaurdeak galdu du garia*, observará en el primero las radicales *basa* y *urdea*, y su descripcion el *puerco montés* (por *jabalí*); y en el segundo ser nombre radical que entra á componer varios vocablos descriptivos, como son *galburua*, *galgaitea*, *galbaia*, *galgorrea*, etc. Esta es una regla orgánica y general, que da luz para discernir las voces originales. Preséntese, pues, el señor Traggia con toda su ciencia latina y castellana, y muéstrenos los vocablos que ha tomado el bascuence de las dichas lenguas, y á la verdad, de ninguna otra ha devido tomar prestados más vocablos. Si nos trahe algunos retazos de librillos escritos por malos bascongados, luego le diremos quales son los genuinos y quales no: corregiremos los ierros con el idioma que se conserva y le presentaremos obras en donde no hallará voz que no sea bascongada, manifestándole si es compuesta ó si radical. De esta suerte probamos con la última evidencia, y no *con conjeturas*, la vuniformidad de la regla, incompatible siendo el bascuence un agregado de multitud de lenguas.

(*Se continuará*).



SOCIEDAD HUMANITARIA de Salvamentos Marítimos de Guipúzcoa.

MOVIMIENTO DE FONDOS DURANTE EL AÑO ECONÓMICO VENCIDO EL 30 DE JUNIO DE 1891.

ENTRADA.

	<u>Pesetas.</u>
Existencia que quedó el 1.º de Julio de 1890	5.446,40
Cuotas mensuales con inclusion de las de la Diputacion provincial y Ayuntamiento de esta ciudad	3.032
Recogido en los cepillos salva-vidas	20,12
Venta de cupones de los semestres de Julio 1890 y Enero 1891 de las 28 obligaciones de la Sociedad General del Puerto de Pasajes.	714
Intereses de 4.000 pesetas al 4 por 100 anual, impuestas en las cajas municipales en 66 dias	28,95
Total	<u>9.241,47</u>

SALIDA.

Obras de reparaciones en los botes salva-vidas	487,25
Ensayos ó ejercicios	39,50
Sueldos con inclusion del correspondiente al guardian de Pasajes	910
Compra de 9 obligaciones de á 500 pesetas nominales con interés de $4\frac{1}{2}$ por 100 anual de la Deuda de la ciudad de San Sebastian, al tipo de 484 pesetas cada una	4.356
Total	<u>5.792,75</u>

RESÚMEN.

	Pesetas
Entrada	9.241,47
Salida	<u>5.792,75</u>
Existencia para 1.º de Julio de 1891. .	<u>3.448,72</u>

Además de las 28 obligaciones de á 500 pesetas nominales al 5 por 100 de la Sociedad general del Puerto de Pasajes y 9 tambien de á 500 pesetas nominales al 4 1/2 por 100 anual, de la Deuda de la ciudad de San Sebastian.

San Sebastian 25 de Agosto de 1891.—*La Comision.*

—
SERVICIOS PRESTADOS HASTA 1.º DE JULIO DE 1891.

Número de personas salvadas con los aparatos de la Sociedad, 22.

Id. de tripulantes de buques, que corrían inminente riesgo de naufragar, recogidos por los botes salvavidas, 28.

Id. de buques socorridos por los salva-vidas, 13.

Id. por otras lanchas, 2.

Id. de chalecos salva-vidas entregados gratuitamente á los pescadores, 679.

Id. de anclas flotantes, 54.

Recompensas otorgadas (16 diplomas y 845 pesetas).

Ejemplares del Manual de Salvamentos marítimos de esta Sociedad, distribuidos gratuitamente entre marinos y escuelas de náutica, 585.

La Sociedad de Salvamentos marítimos de Guipúzcoa, fundada en 1879, cuenta con dos botes salva-vidas y un surtido completo de lanzacabos; llama á todas las personas caritativas que se interesan por la vida de los marinos y les pide su generosa cooperacion.

Todo donativo, por pequeño que sea, se recibirá con agradecimiento en la Depositaría del Ayuntamiento de esta ciudad, publicándose en seguida en los periódicos de la localidad, para conocimiento de todos y descargo de la Comision.



SECCION AMENA.



OCHOCO.



(TRADICION NABARRA)

Así se llamaba un célebre lobo, cuyas aventuras conserva la tradición de las montañas de Navarra.

Campeó durante muchos años por las escabrosas sierras Aralar y Urbasa, siendo el terror de la mansa oveja y el potro retozon.

Pero como sus picardías, ó mejor dicho sus crímenes, habian de tener un término, como todo en este mundo, tambien á él le llegó su San Martin.

Viejo, achacoso y hambriento, merodeaba una mañana de Mayo por los alrededores de la venta de Zumbeltz, cuando tropezó con dos magníficos carneros que pacian tranquilamente.

Los lanudos al pronto se asustaron; pero viendo que aquel vejestorio á duras penas podia con su osamenta, perdiéronle el respeto, y encarándose con él el más arrogante, le dijo con tono altanero:

—¿Qué buscas tú por aquí, viejo Ochoco?

El anciano recuerda sus pasados tiempos, y bien pronto la cólera se apodera de él; pierde la calma, y lánzase furibundo sobre el que tan osadamente le insultaba; pero los carneros, fuertes y ágiles, cambian mútuamente una seña, y cual si fueran á toparse, le acometen por ambos lados con la rapidez de un rayo. Ambos testuces chocan contra el escuálido vientre de Ochoco, que quedó materialmente prensado.

Ochoco ve llegado su último momento; y á falta de valor para de-

fenderse, echa mano de la súplica. Arrodillase humilde, pide perdon, ruega, gime; y sus generosos enemigos, no solo le perdonan, sino que, sabiendo que el pastor no se halla en la cabaña, lo llevan á ella y le obsequian con leche y queso.

Ochoco da las gracias con fingido agradecimiento y mal disimulado rencor, y á pasos contados toma camino de Leiza.

Llega cerca del pequeño pueblo de Torrano, y junto á la ermita de San Pedro divisa hasta siete cabras juntas.

—Esta es la mia, se dice. Mataré un par de ellas, y guardándolas en la gruta de Usaide, aseguro el alimento para un mes lo menos. Acércase á ellas, y, algun tanto extrañado del poco miedo que parecian tenerle, les dice:

—Buenas ganas tenia de encontraros. Tengo hambre y os voy á comer.

—¡No te salga la criada respondona! le contesta una barbuda. ¿No ves lo que llevan mis compañeras entre los cuernos?

—¿Qué es ello?

—Las cabezas de seis lobos que hemos matado este mes. Y como yo no tengo semejante adorno, me viene muy bien la tuya.

Oir esto el desdichado Ochoco y huir con toda la velocidad que sus perezosas piernas lo permitian, fué todo uno.

Faldea el alto de San Donato, atravesia cautelosamente los campos de Arbizu, y llega á los alrededores de la ferrería de Elcorri. Ve á lo lejos una hermosa yegua, y sin vacilar se dirige á ella, resuelto á hincar el diente en sus redondas nalgas. La sorprende entre unas matas; y ya se disponia á saborear las ricas chuletas, pero la yegua le dijo:

—Ya se, ¡oh! valiente Ochoco, ya sé que no escapo de tus formidables garras; pero como quiero morir con la conciencia tranquila, te advierto que tengo una espina clavada en la pata derecha. Sácame la antes de que se te atraviese en la garganta y te ahogue.

El incauto Ochoco se dispone á examinar la parte señalada; mas no bien se aproxima, sacúdelle la yegua una terrible caricia que le hace volar á más de tres varas de altura.

¡Infeliz Ochoco! El porrazo más tremendo, la más formidable costalada que ha sufrido jamás lobo alguno, se llevó el pobrete. Baldado, sin poderse mover, contemplaba iracundo y más muerto que vivo á la atrevida *Biorra* comiendo tan tranquila y sosegada como si nada hubiera pasado.

Llegó en esto la noche; y aunque nuestro Ochoco procuró dormir con el fin de reponerse de tanto descalabro, el dolor por un lado y la desesperación por otro no le permitieron cerrar ojo.

Al amanecer se puso en marcha con dirección á los montes de Alzania, próximos á Alsasua; llegó á la peña de Eguino, bajó al río *Arbara* en el límite de las provincias de Nabarra y Alaba, y después de apagar la sed con sus cristalinas aguas, se dirigió hacia Becatularre.

Entre los corpulentos robles pacía una robusta vaca, y á pocos pasos retozaba su querido ternerillo de cuatro meses.

A la vista de tan sabroso plato, á Ochoco se le llenaba la boca de agua. Acecha escondido algunos momentos, y cuando ve que el tierno animalito se ha alejado algun tanto de su madre, se arroja sobre él con intenciones *non sanctas*.

Pero como la madre vigila siempre por la seguridad de su hijo, la vaca observa la acometida, y en defensa del *pedazo querido de sus entrañas*, se lanza furiosa, arma en ristre. Ensarta á Ochoco con su arma izquierda, y en el colmo de su ira le sacude violentamente, abriendo le una tremenda brecha debajo de la pierna izquierda. Ochoco cae al suelo por detrás de la cola de la brava cornúpeta.

De resultas de este accidente estuvo *en cama* en una cueva próxima más de un mes, en cuyo tiempo meditó detenidamente sobre su pasado, su presente y su porvenir, decidiéndose, por fin, á entregarse á la penitencia; y una vez curado, se resolvió á mendigar una caridad de puerta en puerta.

Salió, pues, zurrón al hombro, por aquellos pueblos.

Llegó á Ciordia, y se encontró con el herrero, que vivía á la entrada del lugar.

—Buenos días, buen hombre. ¿Da V. una caridad por Dios á un anciano que no lo puede ganar?

—¿Quién eres tú, viejo lobo?

—Soy Ochoco, á quien tal vez V. habrá oido nombrar.

—¡Ah! ya lo creo. Como que á un hermano mio le destrozaste el rebaño hace cuatro años. ¿Y cómo ahora tan santo?

—Ya ve V., la edad y los desengaños...

—Bien, bien, vamos á la fragua, te daré de desayunar.

Pronto llegaron al taller. Entran, cierra con llave el herrero, calienta el espeton y se dispone á dar su merecido á Ochoco. Conoce este la intención y se apresta á la lucha. Acomete con denuedo al he-

rrero, y despues de algunos momentos de combate, Ochoco recibe por la garganta treinta centímetros de hierro candente que concluyó con la vida de aquel feroz bandido, azote un dia de los rebaños de toda la comarca.

CONTULARI.

BI OLLARREN BORROKA.

Ollar bi ziran aserraturik
Elkarri asi mokoka,
Non jarri zuten ollo taldean
Izugarrizko borroka;
Eta pakeak egin nairikan
Tartean sartu zan kolka,
Danak berari eraso eta
An utzi zuten urgunka.

Bada au bera gerta liteke
Askotan gure artean,
Kolkaren gisa sartzen bagera
Ezin liteken gauzean.

JUAN IGNAZIO URANGA.

JOSTAKETAK.

Nai ditubenak pistu
 gas ta krišilluba,
 zigarro paperezko,
 pipa, naiz puruba,
 arraišpatzia dauka
 pošpolo buruba,
 non izango dituben
 argiya ta suba.

Partiduak izanik
 bageundezke lasai:
 arrapatzen baditu
 igandiak bi jai,
 astelena bezela
 asteartia nai,
 batzuentzat tristea
 an dago Jai-Alai.

Errestotikan kintze
 saketikan galduen,
 bere kontrriorik
 eztu ustez iñun;
 begiyak argi bañan
 talentuba illun,
 gero ageriko da
 ichogon dezagun.

Jakirik gabetanik
 jateko gogua,
 aušenda ištillua
 eguneroakua;
 gogoz ez jatekotan
 nik lengo talua,
 jai gaur galduko banu
 chit apetitua!

—
 Aruntza ta onuntza
 nere ibillera
 da beti igotzia
 erreka batera;
 egarriyak bazaute
 guazen eratera,
 aurten sagarrik gabe
 iturri aldera.

* * *

—¿Zér ordu da Mikeliñañi?
 —amabiyak laurdena guchi eta amabost minutu;
 —orduban amabik bitartean sulla bana bete obe degu.

—
 —¿Eltzia egosi da Juana?
 —bai jauna:
 —¿eta kazubela?
 —¡kazubela eztegu oraindik eros!

RAMON ARTOLA.



UN NUEVO PRELADO ALABÉS.

ILTMO. SR. D. FR. FRANCISCO SAENZ DE URTURI, OBISPO DE BADAJOZ.

I.

La provincia de Alaba y ciudad de Vitoria, deben especial gratitud al Excmo. Sr. Angel di Pietro, Arzobispo de Nazianzo, Nuncio apostólico, y al Iltmo. Sr. Fr. Francisco Saenz de Urturi, Obispo preconizado de Badajoz, por haberse dignado acceder á que sea nuestra Catedral el templo en que se verifique la solemne consagracion de este prelado. El amor, nunca desmentido, de los bascongados á su tierra natal, se ha visto patente en el espíritu de nuestro ilustre paisano, con tan feliz acuerdo, que le honra como á buen hijo, y que redunda, así mismo, en pró de la humilde tierra alabesa, pues con la resonancia del suceso, se recordará una vez más, que aunque pobre en su sueño, es, en cambio, madre fecunda en hijos eminentes. Nunca hasta hoy se ha celebrado bajo las bóvedas de nuestra muy querida iglesia de Santa María, en la que tantos de los vitorianos presentes fuimos bautizados, ni en ninguna otra de las provincias, ceremonia religiosa tan identificada con el lustre y renombre del país, como la consagracion episcopal de un hijo del mismo, enaltecida, por vez primera fuera de

Madrid, con la presencia del representante inmediato del Sumo Pontífice. Por lo mismo, la fecha de este dia figurará dignamente en la historia eclesiástica de Vitoria, al lado de la del 14 de Febrero de 1498, en que se trasladó á este templo la colegiata de Armentia; de la del 16 de Agosto de 1580, en la que el doctor D. Juan de Zurbano, canónigo de esta colegiata, trajo á la misma, desde el monasterio cisterciense y cueva de Monte-Laturce, las reliquias de San Prudencio, Patron de Alaba; y de la del 28 de Abril de 1862, en que fué erigida en catedral por el Excmo. Sr. D. Jerónimo Fernandez, Obispo de Palencia y Sub-delegado Apostólico. Natural es, pues, que la provincia y ciudad celebren con el entusiasmo y pompa debidos, el inolvidable dia. Hoy, de nuevo, pudiera casi repetirse, con motivo de la presencia del obispo alabés, aquel saludo, que hace trescientos once años escribieron los vitorianos sobre el arco de la puerta de Castilla, donde ahora está la plazuela de la Union, al recibir las reliquias del santo hijo de Armentia, cuyo texto, desconocido y olvidado, reproduzco aquí, para honroso recuerdo de la cultura vitoriana, para deleite de los que saben gustar de las delicias del latin correcto y elegante y en honor al Rmo. P. Urturi.

«Cives tam de sacrato munere gratulabundi, et amore sui flagrantes, quasi gratiarum vicem rependentes, Excellentias, aiunt, cunctas, quibus ipsa pollet Civitas, et nitescit, inferiores esse ea sola, qua ipsi tanto Præsule sibi præsente gaudent, dicuntque quamvis merito Victoria nostra ab omnibus etiam exteris a sacrorum cultu, ingenita nobilitate, miraque regiminis, et publicæ moderationis prudentia, commendatur; illam tamen hodierno die maxime prudentia extollendam singularis sui Patroni Prudentii, Viri, Vita, Morte, Miraculis Incliti Ossibus felicissime ditatan».

Es decir: «Los ciudadanos, agradecidos por tan sagrado don, y llenos de amor hacia él, para mostrar su reconocimiento dicen: que todas las excelencias que adornan y embellecen á la ciudad, son inferiores á las de tener presente á tan ilustre Prelado, y que aun cuando nuestra Vitoria es justamente celebrada por todos, aun por los extraños, por su nobleza adquirida por el sagrado culto, por la admirable prudencia de su gobierno y por sus públicas costumbres, debe, sin embargo, ser de nuevo celebrada hoy que se ve felicísimamente enriquecida con las reliquias de su singular Patrono Prudencio, ínclito varon por su vida, muerte y milagros».

Al saludar al Prelado alabés, surgen en la memoria de sus paisanos los nombres y el recuerdo de los insignes obispos que Alaba ha

dado á la Iglesia y en cuya pléyade esplendorosa brillará seguramente el suyo, ya que á sus propios méritos debe el serlo y no al favor mun-
dano y ajeno, que en todas carreras á muchos hombres encumbra, para que vivan, aun estando muy altos, completamente desapercibidos. De nuestra provincia salieron para figurar en el episcopado, entre otros hombres notables: D. Juan Rodriguez de Rojas, de la casa de este nombre en Santa Cruz de Campezo, obispo de Calahorra, (1332), y como tal perteneciente á la *Cofradía de Arriaga*, á cuyos delegados acompañó á Búrgos para ofrecer á D. Alonso XI el señorío de la pro-
vincia, encontrándose luego en el acto de la Voluntaria entrega. Don Juan Bernal Diaz de Luco, del pueblo así llamado, Consejero de In-
dias, catedrático de Salamanca, obispo de Calahorra, escritor religioso eminente, que por mandado del Emperador Carlos V asistió al Con-
cilio de Trento, en compañía del sabio jesuita vitoriano Martin de Olave, en los años de 1546, 47, 51, 52 y 53. D. Martin de Ayala, arzobispo de Valencia, 1556. D. Martin de Salvatierra, vitoriano, ca-
nónigo de esta colegiata durante treinta años, obispo de Albarracín, Segorbe y Ciudad Rodrigo, 1591, fundador del Seminario y Colegio de San Prudencio, hoy Casa de Piedad de Vitoria. D. Diego de Alava y Esquivel, vitoriano, catedrático de Salamanca, escritor, obispo de Astorga, Avila y Córdova, 1560, asistente al Concilio de Trento. D. Francisco Ali, de Esquivel y Landa, arzobispo de Caller, primado de Cerdeña, catedrático de Oñate, 1616. D. Francisco de Gamarra, de Gamarra mayor, obispo de Cartagena y Avila, 1610, hermano del general de los tercios de Flandes Esteban de Gamarra, 1604. D. Diego Gonzalez de Samaniego, de Samaniego, obispo de Mondoñedo, 1600. D. Cristobal de la Cámara y Murga, de Arciniega, catedrático de Salamanca, obispo de Canarias y Salamanca, 1640. D. Miguel de Ayala, de Yécora, obispo de Palencia y de Calahorra, 1628. D. F. Juan de Urbina y Montoya, de Berantevilla, franciscano, Comisario general Apostólico de la orden, arzobispo de Valencia y Sevilla, 1656. D. Miguel Fernandez de Oro, de Ariñez, el gran predicador de su tiempo, 1600; obispo electo de Palencia. D. Manvel de Navarrete y Ruiz de Ubago, de Elciego, historiador de los obispos de Mondoñedo, obispo de dicha diócesis y arzobispo de Búrgos, 1705. D. Juan de Eulate, de Salvatierra, piadosísimo bienhechor de los pobres en su iglesia episcopal de Málaga, 1752. D. Francisco Ochoa de Mendaroz-
queta, de Mendarozqueta, obispo de Palencia, 1730. D. Fr. José Lo-

pez de Mezquía, de Salvatierra, maestro general de la Merced, obispo de Solsona, 1768. D. F. Fernando de Cadiñanos y Rotacta, de Vitoria, franciscano, obispo de Honduras en América, 1790. D. José de Olarraza y Ladron de Guevara de Ariñez, confesor de la princesa María Luisa, obispo electo de Orihuela, de cuyo cargo no tomó posesión, prefiriendo retirarse á su pueblo, 1788. D. Juan Saenz de Buruaga y Ortiz de Landaluce, de Berrícano, catedrático de Alcalá, obispo de Lugo, en cuya catedral hizo alzar la elegante fachada y ábside, y restauró el acueducto de la ciudad, favoreciendo á los celebrados maestros constructores Lizardi y Elejalde; arzobispo de Zaragoza, 1768, y del Consejo secreto del Rey Carlos III. D. Diego de Rojas y Contreras, vitoriano de la casa de Alvientos, obispo de Calahorra y Cartagena, fundador de la Casa de Piedad de Vitoria, en el antiguo Seminario de San Prudencio, gobernador del Supremo Consejo de Castilla, 1756. D. Juan José de Espada, obispo de la Habana, 1811, protector decidido del insigne sacerdote D. Domingo Ambrosio de Aguirre, de Gamarrá mayor, que fundó el actual Seminario eclesiástico que lleva su nombre, en el antiguo palacio de la Real Sociedad Bascongada. D. Jacinto María Martínez Saez, de Peñacerrada, obispo de la Habana, Senador por Alaba en 1871 y 1872.

De casi todos estos preclaros alabeses se conservan especiales memorias en los templos, fundaciones y familias de esta tierra, cuyos pueblos los recuerdan con legítimo orgullo, porque hay pocas provincias que más sepan estimar el valer y renombre de sus hijos distinguidos, ni que más se afanen en agasajarles y enaltecerles, así en vida como despues de haberlos perdido.

II.

En la villa de Arlucea, perteneciente á la hermandad foral de Arraya y Laminoria, poblada por unos 30 vecinos, y lugar muy renombrado en lo antiguo por ser una de las fortalezas de Alaba, alzada en la defensa de los pasos de la sierra de Izquiz, nació de modesta familia de labradores en 1842, el nuevo obispo D. Fr. Francisco Saenz de Urturi. Su casa, de antiquísimo abolengo alabés, lleva el nombre de otra villa inmediata *Urturi*, en bascuence «Pueblo de la salida ó ayan-

zado». No lejos de él, y en la misma sierra, está el llamado *Urarte* «entre los ríos», y en el cual hizo sus estudios de latinidad con el profesor D. Casimiro Rández. Decidido á seguir la carrera eclesiástica lleváronle sus padres á Vitoria á los 15 años, matriculándose en el Seminario eclesiástico de Aguirre, cuyo Vice-Rector era entonces, su actual Rector, el muy venerable y entendido sacerdote D. Prudencio Urarte. Fueron sus profesores, entre otros que recordamos, D. Félix Eseverri, D. Melquiades Larrazabal, el P. Ampudia y D. Matías Ramírez; y entre sus muchos condiscípulos figuran D. Bernabé Salazár, D. Pedro González Gambari, D. Ramón Prada cura de Santiago de Bilbao, el capellán Sr. Estenaga, D. Gaspar López, D. Remigio López de Alda, D. Ventura Peláez y D. Dimas Uruñuela.

Tres años después, en 1860, se decidió á ingresar en la Orden de San Francisco, como lo efectuó en el convento de Bermeo, donde permaneció hasta 1864, siendo sus profesores: el veterano Maestro de novicios, F. Ángel Gómez de Segura de Antoñana, Vice-Rector que fué del Seminario de Vergara y primo y paisano del muy entendido y estimado Dean actual de Vitoria Sr. Motiloa; el P. provincial F. Mariano Estarta, el inolvidable predicador F. Félix Villabuena; D. Domingo Barinaga y Rementerice y en fin, el sábio joven, esperanza legítima de la Iglesia, y de Alaba, mi condiscípulo D. Dionisio López de Alda, cuya temprana muerte se lamenta tanto. Asistió á la restauración del convento de San Millán de la Cogulla en 1866, y en él explicó la clase de filosofía. Cerrado el monasterio al estallar la Revolución en 1868, se trasladó á Vitoria, y su Obispo le destinó á servir el curato de Contrasta. En 1869 volvió al convento de Bermeo y explicó dos cursos de Teología, hasta que, á fines de 1870, declarada la guerra civil en el país, fué comprendido en la expulsión de los religiosos.

Entonces la Orden le destinó á las misiones de América, con residencia en Bolivia. Hizo el viaje á Sucre, capital de esta república desde Buenos Aires en Junio y Julio de 1871, en compañía del respetable e ilustrado presbítero D. Carlos Pinilla, su actual mayordomo. En aquella ciudad explicó teología, colaboró activamente en la revista franciscana *El Cruzado*, que dirigía como redactor jefe el que hoy es venerable obispo de Córdoba en la Argentina, y recorrió en el ejercicio de su ministerio los territorios todos de Bolivia y mucha parte del Perú y de La Plata. Como hombre muy docto en los conocimien-

tos históricos y etnográficos, estudió los grandes restos de las primitivas civilizaciones indígenas, anteriores á las de los Incas, y especialmente las que se conservan en Tinguánaco y lago de Titicaca, que describió magistralmente en el siglo XVI, el ínclito historiador alabés D. Agustín de Zárate, administrador en su vejez de las aduanas de Vitoria y de Salvatierra. Aprendió las lenguas *quichua* y *aimará*, para emplearlas en sus predicaciones religiosas entre aquellos apartados pueblos; fué honrado con los cargos más difíciles y de más trabajo de la misión, asistiendo como Presidente á varios Capítulos, y recorrió tres veces la república Argentina, visitando por orden del Arzobispo de Buenos-Aires las provincias del Sur, hasta Cármén de las Flores, en la época en que la fiebre amarilla producía grandes estragos en las orillas del Plata, dedicándose á la administración de los Sacramentos, incluso el de la Confirmación, en centenares de lejanos pueblos, que vivían en el mayor abandono. Comisionado por la Orden vino á Europa, á París y á Roma; y en 1880 como comisario de los Santos Lugares, visitó á Jerusalén y recorrió el Egipto. Regresó á América en 1881 á continuar su profesorado de Teología en la ciudad de Potosí, y sus estudios históricos en aquellas provincias, y por acuerdo del gobierno de Bolivia, desempeñó en París y Roma en 1883, especiales encargos, para el aumento de las fundaciones religiosas y para la difusión de la propaganda católica en América. Honrado con la alta distinción de Comisario general Apostólico, prelado de su Orden, en 1884, contribuyó eficazmente á la fundación de nueve conventos de franciscanos en España, entre ellos los de Forua y Aranzazu en las provincias bascongadas; uno en Cuba y dos en Marruecos. Como Comisario fué á presidir el Capítulo de Filipinas en 1885, y al siguiente año visitó las misiones de Tetuan y Tánger. Asistió al Jubileo de Su Santidad, con la adhesión de la Orden y las de muchos miles de firmantes.

Aunque se ha dedicado de preferencia á la enseñanza y á la predicación más que á escribir, honró la memoria de sus hermanos los misioneros sacrificados en las matanzas de Palestina, con una curiosa obra titulada *Los Mártires de Damasco*. Léjos de su ánimo estaba el volver á desempeñar el difícil cargo de Comisario general Apostólico, y era su serviente deseo el buscar el descanso y el apartamiento del mundo en el olvidado claustro de cualquiera de los conventos de su Orden, segun lo había manifestado á cuantos tenemos la honra de tratarle, cuando se vió elevado á la jerarquía episcopal, digna de sus

trabajos, de su saber y de su envidiable valía. Igualmente querido en Europa que en América, en Roma que en Madrid, los alabeses le profesamos especialísimo afecto por lo que honra á nuestra provincia. El nuevo Obispo de Badajoz, se ha elevado por sus propios méritos, por el estudio y por la aplicacion, desde la pobre morada del labrador de Alaba á la eminente silla de Pastor de la Iglesia. No hay timbres que puedan igualarse á los que así, personalmente se conquistan. Sencillo en su trato, como hombre de verdadero mérito; modesto en su apariencia y en todos los actos de su vida; enamorado del saber; doctor y soldado incansable de la fé; ajeno, en absoluto, á toda idea y lucha política, él, que no se engrió, cuando bien jóven se vió tan distinguido y respetado por sus hermanos en la religion, no se engreirá seguramente al empuñar ahora el báculo, y será, como ha sido hasta aquí, maestro, padre y amigo de todos.

No es esta la primera vez que me ocupo de nuestro insigne paisano. En ocasion solemne, y ante sociedad tan culta y tan genuinamente vitoriana como el Ateneo, hice su justo elogio, al ocuparme de algunos alabeses tan modestos como distinguidos. He seguido esta conducta siempre, desde hace treinta años en que empecé á escribir, enalteciendo, como lo merecen, á cuantos han sobresalido en nuestra provincia, ya animándoles al empezar su carrera, ya uniéndome á sus satisfacciones en los días del triunfo, ya tributándoles el honor debido, cuando la muerte los ha separado de nosotros. Así me lo impone en mi corazón, con irresistible fuerza, el amor que tengo á mi tierra, tan espléndidamente pagado por mis paisanos. En esta conducta persistiré. Quédese el achicar y perseguir á los que valen algo, para aquellos pocos desgraciados, que aspiran á parecer grandes, rebajándolos con su lengua ó con su pluma. Apartémonos de tales miserias y honremos siempre en sus hijos ilustres á nuestra provincia muy querida.

Hoy, por mi conducto, saludan orgullosos con satisfaccion íntima, al nuevo Prelado, al amigo y al paisano, muchos, muchísimos alabeses.

RICARDO BECERRO DE BENGEOA.

Madrid, 18 de Setiembre de 1891.



KONSUEGRA-KO NEGARRA.

Kantatzen asi baño
 len pena gaurkoak,
 biotzetikan zaizkit
 irteten malkoak;
 izar ezdira izango
 jo! Konsuegrakoak?
 jarren chuka ditzala
 gure Jaungoikoak!

Goi beltz illunak erakutsirik
 bere zekarren tristura,
 abiyatu zan artzen aserre
 zegoen gisako ichura;
 eta gerogo nairikan nonbait
 lasaitu zeukan estura,
 asi zan aize baten laguntzaz
 ematen ura ta ura.

Gaba gañera jaikita, goya
 aserre jarri zan oso,
 ezagun zuben ezin zubela
 zekarren kargik an jaso;
 alako gisan zion segiran
 euriteari eraso,
 ura goititzen joanik jendea
 arkitu zan chit penoso.

Chimistak disdis bista kendu nai
 durrunbaz berriz turmoyak,
 oñazkarraren tunpatekoak
 dardartzen lurra ta goyak;
 eta alako batez lerturik
 milla pusketan odoyak,
 bea jo zuten zinzillik ezin
 zeuden urezko ibayak.

Gaba illuna, izarcho bat ez,
 alkarrak ikusten ez iya,
 itsaso zabal baten erdiyan
 argirik gabé erriya;
 urak goititzen gora ta gora
 eta sullaka euriya,
 jo! zér tristura, zér gau beltz latza
 jzér gau ikaragarriya!

Penatuentzat salbabiderik
 etzan iñondik argitzen,
 ain arriskuban ziran geletan
 non tellatutan arkitzen;
 urak oin beak mugiturikan
 echeak ziran amiltzen,
 eta famili osoak bertan
 ziran itotzen ta iltzen.

Bigaramonak zuben denboran
 eman goizeko argiya,
 an arkitu zan begiz aurrean
 ikuste oso berriya;
 bertan ziranen arrastorik ez
 goiz bea joa erriya,
 ura zan lauki¹ negargarri bat
 lauki biotz il garriya.

Atsekabez daudenak
 oso joak bea,
 alchatzea bañan lan
 bat jzér da obea?
 malkoak chukatubaz
 zeruko bidea
 zabaldutzen dubena
 da Karidadea.

RAMON ARTOLA.

(1) Cuadro.

LA NOCHE DE CONSUEGRA.

Con este título ha publicado *El País* una interesantísima carta de un testigo de la horrible catástrofe.

Hé aquí lo más importante del relato, que será leido seguramente con interés:

La noche.

La noche cerró diluyendo. El agua caía á torrentes azotando la población con una violencia espantosa. A medida que la oscuridad crecía, aumentaba la intensidad de los relámpagos. Asomado al cristal de mi habitación miré al horizonte, y de Sur á Norte le vi cruzado por un continuo centelleo, semejante á un incendio formidable. Tan permanente era esta conflagración eléctrica que durante cuatro minutos pude observar perfectamente el paisaje, como en pleno día. Abrí la ventana. Por la calle no transitaba nadie y el silencio era absoluto en todo el pueblo.

Datos alarmantes.

Mi reloj sonaba las ocho y media. A esa hora me llamaron para cenar; pero antes de sentarme á la mesa quise ir á ver si la caballería tenía cebada en el pesebre. Bajé á la cuadra y noté que el agua cubría mis piés. Como el farol, que colgaba de un poste, no me dejaba ver bien la causa de aquel fenómeno, lo descolgué y á su luz pude observar que aquella charca procedía de las filtraciones de uno de los muros de la casa. Estos muros eran de cascote, de lo que son casi todos los edificios de ese pueblo. Verdaderamente alarmado, llamé al ventero y le hice notar el peligro que corría el ganado de tenerlo en aquella cuadra, por los efectos que podía producirle la humedad. Le

enseñé, además, las junturas de algunas piedras, por entre las cuales caían chorros de agua, que iban poco á poco desvastando la argamasa y descarnando los cimientos del muro. El ventero me oía impasible y con una sonrisa bonachona, como de hombre que está en todo y á quien nunca sorprenden los sucesos.

—Pierda usted cuidado, me dijo. Dentro de media hora esto cesará. Ahí tengo paja dispuesta; echaré una poca y el ganado dormirá en seco, libre de todo peligro.

Inquietudes.

Subí y me senté á la mesa. Conmigo comían los tres arrieros que, con esos presentimientos propios de todos los viandantes, no cesaban de augurar contratiempos. Para ellos era cosa segura que el río se desbordaba. Había que madrugar para atravesar el puente, porque—decía uno de ellos—«hasta verme del otro lado no me creeré seguro». Luego, el viento «había soplado de Levante» y «viento de Levante y agua del Norte, echa la mula al trote». Para mayor desgracia, dos de las de su recua iban descalzas y había que herrarlas antes de partir. El herrador no abría hasta las siete, y á esa hora ¡sabe Dios si podría pasearse el río!... Más adelante veremos cuánto había de profético en estos pensamientos.

El sueño y el despertar.

Me acosté: leí en la cama los periódicos que había llevado de Toledo y apagué la luz. Pero no pude dormirme. A través de los entrepaños de la ventana, los relámpagos esclarecían en un continuo parpadeo mi habitación; la lluvia redoblabía su violencia y hasta me parecía sentir ruidos y explosiones lejanas como si se hubiese desencadenado un furioso ciclón ó descendiese sobre el pueblo una monstruosa avalancha.

No sé á punto fijo qué tiempo habré permanecido desvelado. Seguramente más de una hora. Poco á poco la siniestra música del trueno, del viento y del agua, fué adormeciendo mis sentidos y comenzaba á conciliar el sueño cuando un crujido estrepitoso y prolongado de paredes que se desploman, de vigas que se rompen en astillas y muebles que saltan en fragmentos, me despertó despavorido y medio ahogado por el polvo.

El desplome.

Al ruido que acababa de escuchar uniéreronse bien pronto gritos de angustia, voces de ¡socorro! y acentos desesperados impetrando el favor divino. Quise saltar de la cama; pero en aquel momento el tabique de mi habitación se desplomó sobre mí; hundióse bajo mis piés el pavimento, y empujado como sobre un plano inclinado, me sentí descender violentamente, revuelto entre las ropas de mi lecho y aturdido por el choque, sobre una superficie móvil hacia un punto que entonces no podía determinar aunque quisiera.

Una intensa impresión de frío vino á fijar bien pronto mis ideas, dándome plena conciencia de mi situación. La posada acababa de hundirse y yo había sido lanzado con los escombros fuera de la casa. Estaba, pues, milagrosamente vivo en la calle ó por lo menos al aire libre, porque su soplo oreaba mi frente y el agua mojaba mis carnes.

Pero ¿estaba en realidad en la calle? Yo había descendido revuelto entre los colchones de mi lecho; este seguía rodando todavía; el terreno en que se movía no era firme. ¿A dónde y por dónde me dirigía? ¿Cuándo y cómo terminaría aquel espantoso viaje?

Sobre mis ojos había dos capas de sombra impenetrables; la sombra de la noche y la de las ropas que envolvían mi cabeza asfixiándome; pero era mucho más densa la sombra de mi espíritu. Me parecía que la noche era una inmensa fosa en que iba á desaparecer todo lo que me rodeaba y en la que yo mismo iba á caer de un momento á otro para siempre.

De pronto lancé un grito; el lecho que me servía de vehículo me faltó y la ropa que me cubría se pegó á mi cuerpo, empapada en agua. Merced á un desesperado esfuerzo logré desembarazarme de la manta que me tapaba el rostro; casi al mismo tiempo el colchón que me envolvía se desdobló, y á la luz de la luna, medio velada por un giron de nube, me vi flotando sobre una extensa superficie líquida, bajo la cual desaparecía la mitad baja del pueblo de Consuegra.

Asombro.

El instinto de conservación me hizo buscar un refugio ¿pero dónde encontrarlo? La lluvia continuaba, el agua se extendía por todas partes en torno mio, el colchón sobre el cual flotaba parecía hundirse por momentos... No conocía siquiera la profundidad de la corriente que

me arrastraba. Falto de toda orientacion, viendo á cada paso, como suele decirse, la muerte al ojo, atendí antes que nada á asirme de algo consistente. Esto se me imponía como primera necesidad, allí donde todo era móvil y ondulante, donde todos los objetos pasaban como arrebatados por un extraño vértigo, sin dejar rastro de su existencia. Techumbres enteras, muebles, ropa, ganados, habian pasado sobre mí ó por mi lado, todos á la carrera, todos en una misma invisible y misteriosa dirección, como obedeciendo á un satánico llamamiento. Yo no podia arriesgarme á igual peregrinacion, ni permanecer un instante más en aquella actitud indecisa.

Previendo la posibilidad de que de un momento á otro desapareciese el colchon que me sostenia, me despojé de la almilla, remangué el calzoncillo y me eché al agua. Como sé nadar bien, pude en poco tiempo hacer un reconocimiento. No lejos de mí vi confusamente destacarse de la superficie del agua un objeto fijo. Parecia el remate de la chimenea de una casa.

Cogido á él, y haciendo pié en el tejado, podia, si es que no se hundia antes, esperar la mañana, y entre tanto reponer las fuerzas perdidas, reflexionar y orientarme. Avancé hacia aquel punto, llegué fatigadísimo, y al echar mano á aquel objeto tuve que soltarlo horrorizado. ¡Era una cabeza humana, y aquella cabeza era, al menos así me pareció á la luz de la luna, la de uno de los arrieros que habian cenado conmigo, precisamente la del que fué el primero en presentir la catástrofe!

No sé si por efecto del movimiento que hice al soltarla, si porque al alejarme nadando facilitaba por la natural atraccion del vacío su locomicion, el caso es que aquella cabeza me siguió á todas partes rodando aquella noche, mientras yo andaba, viéndola á mi lado cuantas veces volvía los ojos, ó sintiéndola rozar mis hombros á cada brazo, como si quisiera hacerme un último encargo, ó confiarme algun secreto terrible.

Los cadáveres del diluvio.

Seguí nadando al azar, y desde ahora en la más completa oscuridad, porque la luna había vuelto á ocultarse, y solo algun relámpago iluminaba de tarde en tarde aquel desolado océano. Dos horas mortales invertí en ese ejercicio, dos horas durante las cuales sentí flotando y rozándome en la oscuridad los cuerpos desnudos de algunas mu-

jeres y de cinco niños, sorprendidos, sin duda, por la muerte en sus lechos. Una de aquellas, que se detuvo un momento en un remanso que el agua hacía junto á mí, era jóven y hermosa. A la luz de un relámpago pude ver sus dulces ojos azules, abiertos y con una suprema expresión de espanto; su cabellera, rubia y destrenzada, esparcida en torno, envolviéndola en una especie de aureola de vírgen, que iluminaba la ola de cieno en que flotaba y la suave curva de su seno, que parecía esculpido en mármol del Pentélico.

Al tropezar en mí aquel hermoso cuerpo, *turris ebúrnea* de que acaba de volar un espíritu, creí notar calor en su epidermis, y, mientras con un brazo nadaba, traté con el otro de suspenderla por la cintura, para prestarla socorro y ponerla en salvo, si podía. Por un momento me halagó la idea de que vivía aun. Desgraciadamente, al querer levantarla, su cuerpo se dobló, y un chorro de sangre brotó de su cabeza. Tenía rota la columna vertebral y una piedra incrustada en el cerebro.

Un sepulcro flotante.

No podía darse visión más imponente, y sin embargo me esperaba otra más horrible. Navegando sobre la extensa masa líquida, vi acercarse en dirección mia una cosa informe y gigantesca, seméjante á una montaña fúnebre que caminase sobre ruedas. No podía determinar su forma, pero la veía avanzar ó, mejor dicho, la *sentía*, porque aquella cosa sin nombre hablaba. De su vientre hueco y enorme partían voces que movían á compasión.—«¡Madre mia de mi alma!»—«¡Virgen Santísima!»—«¡Juan! ¡Juan!»—«Cógete bien Luisa, no te sueltes!»—«¡Que me ahogo!»—Aquella mole resonante iba á pasar sobre mí y aplastarme. Traté de evitarlo redoblando mis esfuerzos de natación, pero no era ya tiempo, porque cualquiera que fuese la velocidad que desarrollase, el monstruo me alcanzaría. Mi muerte era segura si no lograba evitar el choque. Para hacerlo menos violento nadé en la misma dirección, y no tardé en ser alcanzado. Ya no tenía necesidad de nadar. La montaña me sostenía por uno de sus lados, ofreciendo á mis pies sustentáculo duro. Extendí los brazos, tenté, y abajo y arriba tropicé con cuerpos inanimados. La montaña era un edificio entero, arrancado de cuajo é iba flanqueado por un montón de cadáveres. Los muertos pasaban de treinta. Cogido en su círculo yo debía acompañarlos vivo en aquella lúgubre marcha hacia las sombras eternas. Tri-

pulando aquel buque siniestro debí pasar una hora. Los lamentos del interior, para mí impenetrable, seguían. Yo procuraba animar á los heridos, infundiéndoles la esperanza de que carecía; pero éstos parecían no escucharme. Súbitamente sonó un ruido de bisagras y madejas quebradas; siguió un coro de quejidos humanos prolongado y la casa desapareció en el abismo, quedando todo en el más profundo silencio. El montón de muertos se deshizo; uno á uno fueron perdiéndose y dispersándose en la corriente y otra vez me ví solo y obligado á nadar para salvarme. La luna volvía á sacar la cabeza como un espía ciego por entre las nubes. Por primera vez durante aquella noche bíblica parecía escampar. Levanté los ojos y creí ver despuntar por Oriente la pálida y fría luz de la mañana.

El amanecer.

Renuncio á describir á ustedes el resto de lo que pude presenciar durante aquellas horas de agonía.

Rendido ya por la fatiga iba á abandonarme en el torrente, cuando pude asirme á las astas de una res muerta, enormemente hinchada, sobre la cual monté. Este recurso fué mi salvación, pues gracias á aquel flotante vehículo podía esperar el descenso de las aguas.

Cuando clareó me encontré sobre la ribera derecha del Amarguillo, dentro del término municipal de Urea. Sus aguas rebasaban tres metros su altura ordinaria en aquella parte, que es la más alta. Estaba, pues, á más de dos leguas de distancia de Consuegra, donde la corriente debía alcanzar mucha mayor altura.

Una vez orientado me eché de nuevo al agua, nadé hasta la orilla y fui socorrido por la familia del honrado labrador Isidro Galcerán, quien me proporcionó vestido y se encargó de buscarme caballería para mi regreso á Toledo.

Tal es, señor director, á grandes rasgos la historia de la *noche de Consuegra*. Quisiera ser un literato para dar á esta narración todo el interés artístico que merece; no lo soy, y me contento con presentarla desnuda de todo otro prestigio que no sea el de la verdad.

SEBASTIAN ZURITA.

KONSUEGRA-TARRAI.

¡O Jaun audiya! zér penak diran
 Mundu ontakoak,
 Oraingo onek aztu dizkigu
 Oraindañokoak;
 Burua makurturik artutzen
 Ditugu gaurkoak,
 Gure antsiak entzun ditzala
 Aita zerukoak.

Erregutu zaiogun Jaunari
 Biotz biotzetik,
 Bere laguntza eskaturikan
 Denok barrenetik;
 Libra gaitzala arren ta arren
 Ekaitz charretatik,
 Ta ill diranak artu ditzala
 Besoak zabalik.

Chit asko urak eraman ditu,
 Asko lurperatu,
 Ango aberastasun guztiak
 Denak oinperatu;
 Biziго gauza izugarriak
 Dirade gertatu,
 Zure eskutik ¡Jauna! ez utzi
 Ta gorde gaizatzu.

JOSÉ ZAPIRAIN.

EL FRAILE Y EL SOLDADO.

«Allá sobre las ruinas de una casa, hundidos en el fango hasta las rodillas, descansan un momento y se miran. Uno y otro tienen en sus manos el azadon; los rostros de uno y otro gotean el sudor de las labores fatigosas. Son dos representantes de dos ideas grandes que se suman en una. Los llevaron á aquel sitio la religion y la patria, uniendo sus impulsos en uno solo, el de la caridad.

Estos dos hombres son el soldado y el fraile.

La disciplina y la regla quitan al soldado y al fraile todos los egoismos humanos. Cuando el cansancio les rinde, la disciplina les anima. Cuando el sueño los va á vencer, el toque de la corneta y el vibrar de la monástica esquila les despiertan. Ningun premio esperan. La fama no se ocupa de ellos. No tienen nombre. Son el deber en su forma activa. Son la voluntad humana sin las mermas que al querer impone el poder.

En Consuegra el fraile y el soldado vienen llevando á cabo actos heróicos.

Mañana, cuando el pánico acabe, cuando las ruinas sean saneadas, cuando no quede un paredon que amenace aplastar al que trabaja á su pié, cuando haya sido arrastrado á la huesa el último cadáver humano y á la pira el último buey podrido, la esquila convéntual llamará al fraile, la corneta llamará al soldado, esas avanzadas de la caridad quedarán disueltas.

«¿Dónde constarían sus sacrificios hermosísimos si no hubiera allá arriba un libro en que se apunta cuanto pasa aquí abajo?»

¡Muy bien!

(De *El Imparcial*).

TRISTURÁ!



Guraso ta semiak
 Agoni larriyan,
 Urak estalirikan
 Gabaren erdiyan,
 Dolorez ¡ai! ill dira
 Konsuegrako erriyan,
 Negarra zabaldurik
 EspaÑi guztiyan!

—
 ¡O zér tristurá beltza
 Nere biyotzian
 Eriotz zulo artan
 Pensatzen jartzian!...
 ¡Aur, andre ta gizonak
 Pillan ikustian,
 Ez eche ta ez ezer
 Lurraren gañian!

—
 ¡Negar chiki aundiak
 Euskaldun lurrian!
 ¡Negar arriyak ere
 Gure Donostian!
 ¡Korri konsolatzera
 Alegiñ guztian!
 Guztiyok egiñikan
 Bat ¡Karidadian!

ANTONIO ARZÁC.

(VERSION)¹

TRISTEZA!

Padres é hijos en cruel agonía, cubiertos por el agua á media noche, dolorosamente han muerto en Consuegra, anegando en llanto á toda España!

¡Oh cuán negra tristeza en mi corazon, al pensar en aquel abismo de muerte!... ¡al ver en monton niños, mujeres y hombres, sin hogar y sin nada sobre la tierra!

¡Llorad pequeños y grandes en la euskara tierra! ¡Lloren hasta las piedras en nuestro San Sebastian! ¡Corramos á consolarles en cuanto posible sea, haciéndonos todos uno en la Caridad!

(EL AUTOR)

(1) A ruego de varias personas.